



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

La raza superior.

ALBERTO INSÚA

Las flechas del amor.

RAMÓN ASENSIO MÁS

-Lo irremediable.

LUIS OSSA

Epigrama.

CLEMENTE DE CASTRO

Los besos de mi reloj.

FÉLIX RECIO

El pan de cada día...

JACINTO CARMÍN

Nuestras cocotas.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

¡Qué brutal!

TOVAR, UCETA, DEMETRIO, URDA,
CONDE, ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Rafaela Abadía,
Isabel López, Alberto Insúa y otros
dibujos.



RAFAELA ABADÍA

Primera actriz del teatro Romea, de Barcelona,
la más gentil y más bonita de cuantas están
ahora en circulación..

5 cénts.



PLATO DEL DIA

Para mí los pericos son muy ricos,
porque ¿á quién no le gustan los pericos?

I

Los pericos verbeneros
 —como dice la expresión
 de la plebe—me iniciaron
 en las artes del amor.

Por ellas (por los pericos
 verbeneros) supe yo
 lo que es vivir con fatigas
 de muerte en el corazón.

Por ellas sentí á las veces,
 de mi vida en el albor,
 los espasmos inefables
 de la erótica pasión. ||

Por ella tuve la dicha
 de imitar al santo Job
 en lo de tener paciencia,
 cachaza y mala intención.

Por ellas gusté en el cáliz
 melfico del amor
 las hieles sedimentarias
 de las noches de *débauche*.

Por ellas bebí á raudales
 —en mis vasos de elección—
 la ambrosía de los besos,
 que endulza todo amargor.

Por ellas, en fin, lectoras
 de mi alma, combatí yo

mis vicios con las virtudes
 de fe, esperanza y amor...

II

Siendo ello así, ¿qué de extraño
 tiene la predilección
 que siento por los pericos
 verbeneros, vive Dios?

¿Cómo no han de parecerme
 bocado de emperador
 los pericos, igual sean
 de Aranjuez que de Aragón?

Si me pierdo, que me busquen
 entre pericos; pues yo,
 si no estoy entre pericos,
 me muero de *aburrición*.

Por parecerme á los tales,
 dicen los cuales que yo
 soy un «periquito entre ellas»,
 y es muy cierto que lo soy.

«Perico» de los Palotes
 fué de siempre mi mejor
 amigo, sólo por eso
 de llamarse de ese *móo*.

Y aun fué el ver á «Periquito»
 hecho fraile mi ilusión,
 que bien están entre frailes
 los pericos,—creo yo —...

Pero ya de los pericos
 se irá cansando el lector,
 y así es que en un «periquete»
 fin á mi romance doy.

Carlos Miranda.

LA RAZA SUPERIOR



RASE un catalán harto presuntuoso y envanecido, de estos que han tomado en serio las afirmaciones del Dr. Robert, un guasón de tomo y lomo con vistas á la antropología, y que creen como en artículo de fe en la superioridad de su cráneo sobre el pobrecito cráneo del resto de los españoles...

Hallábase el buen vecino de Palafrugall, genio de su parroquia, en Madrid, en una mesa de la *Maison Dorée*, bebiendo su vermouth correspondiente, que, como es natural, le parecía muy inferior al vermouth de la *Maison Dorée* de Barcelona.

Quedóse, pues, refunfuñando para sus adentros acerca de la autenticidad de este vermouth—que era de Torino, lo mismo que el de allá—cuando se le acercó á la mesa un madrileño neto y nato, burlón, dicharachero y frívolo como todos los madrileños, hombre más deslumbrador por la viveza de ingenio que por la pesadez sociológica.

Cambiaron impresiones acerca de las distintas ciudades que habían recorrido, oorque ambos—madrileño y catalán—conociéronse en una excursión de recreo por Italia. Hablaron de Florencia y del paseo de la Signoria; de Venecia y del Campanile de San Marcos; de Padova, de Bolonia y de Mantua...

De cada ciudad iban escogiendo una cualidad predilecta y, en general, referíanse al mujerío de todas ellas, comparándole entre sí, corroborando observaciones hechas por uno y por otro *de visu* y, aún mejor, *de tactu*.

De súbito, el catalán, encarándose con el madrileño, se permitió decir con énfasis grotesco:

—*Vostés* saben de sobra, *siñor*, que donde están peor de mujeres es en Madrid... Aquí no se puede tratar con las donas...

—Vamos, por Dios, no diga usted eso—, contestó el madrileño—; si son la flor y nata de las españolas. Sólo las sevillanas pueden compararse con ellas... Y aún aquí hay más garbo, aunque haya menos sal... Los andares de las madrileñas son únicos; no tienen rival en el mundo...

—Ay, yo no me refiero á las mujeres honradas, *siñor*; me refiero á las públicas.

—Eso es otra cosa... No conozco el género de Barcelona... Lo confieso... Cuando estuve allí, iba con una actriz del género chico que me tuvo enamorado dos años y que me costó mucho dinero...

—Entonses, vosté no puede hablar. No es autoridad en la materia. Pues, *miri*, señor; en Madrid, por *sinco* pesetas, tiene usted una mujer con un... juguete muy chiquito, *molt xich*, tan *xich*, que no le cabe nada dentro... Y en Barcelona, por ese mismo presio, tiene

REFLEXIÓN SOCIALISTA



—¡Ohavó! Si toos los que nos chupau la sangre fuán cómo ésta, le daría á uno gusto que se le chuparan.

usted una mujerona con un juguete... así de grande... Usted vaya ahora mismo á Barcelona y verá...

El madrileño no podía contener la risa y sus carcajadas restallaban en el silencio del café.

De pronto, miró con fijeza al catalán y con voz socarrona, mostrando su viveza meridional de ingenio, le preguntó:

—¿Y el viaje?...

Andrés González-Blanco.

LAS FLECHAS DEL AMOR⁽¹⁾

RASÓ el otoño. Ya mediado el invierno, Eugenia comenzó á desmejorarse, y por Enero supo, adivinó, más bien, que estaba «como la Fausta, aquella compañera suya del taller».

—¿Qué haremos?

Roberto se llevó las manos á la cabeza. ¡Con aquello sí que él no contaba! Un asunto del demonio... Marchaba todo tan bien, eran tan felices, y de repente, eso...

—¿Tú qué harías?—preguntó angustiado.

Ella respondió:

—Lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiero? No sé...

Estuvo largo rato pensativo, y luego, con la voz muy ronca, propuso:

—Yo tengo un amigo farmacéutico... Si tú quisieras...

Eugenia iba á responderle negativamente;

(1) De la hermosa novela, vivida y sentida, que con este título acaba de poner á la venta el joven maestro Alberto Insúa.

pero no tuvo fuerzas para la primer rebeldía, y comenzó á llorar en silencio. El se exaltó.

—¡Lágrimas horra! ¡Estas niñas románticas! ¡Mire usted qué pata, qué pajolera pata tengo! ¿Es que pretendes que la cosa vaya adelante? ¿Tú sabes lo que es eso? ¿Adónde te llevo yo? ¿Dónde te metes tú? ¡Y sin dinero, sin dinero para meterte en el tren y salir del paso! Mira, Eugenia, vas á hacer lo que yo te mande. Tú eres una chiquilla que sólo sabe soñar. Lo menos que te pasa, es que ya estás encantada con la idea de tener un chico y llamarle, lo de cajón, Roberto. Muy bonito. Pero oye...

Y se acercó para ponerle ambas manos en los hombros.

—No llores; no seas tonta...

Eso es fácil... Si se ataja á tiempo, no hay cuidado... Yo no te

digo si el negocio fuese más adelantado; sería hasta un crimen... Pero ahora, no. Prométeme que lo harás.

Eugenia se enjugó las lágrimas.

—Sí. Lo haré.—Y Roberto la besó mucho, agradecido.

¡Era tan buena, tan razonable! Ya vería cómo, sin darse cuenta, se arreglaba todo.

No obstante, aquella tarde, la locucidad de Roberto disminuyó de un modo increíble, y á la Eugenia le fué muy difícil disimular su tristeza, contener las ganas de llorar. Al día siguiente, Roberto apareció con la pócima. Fué inútil. El amigo farmacéutico aconsejó «un tratamiento más energético»; pero la Eugenia, al prestarse á sufrirlo, puso tal cara de dolor, de angustia desgarradora, que



ALBERTO INSÚA



El señorito.—¡Ay, que me da!



—Adiós, queridito mío; voy á descargar mi saquito de pecados y vuelvo.

—Bueno, monina; pero vente en seguida.

—Eso depende del Padre.

Roberto, emocionado, se echó llorando á sus pies.

—¡Perdóname, perdóname! Soy un hombre indigno, un cobarde...

Y cuando consiguió calmarse, la puso sobre sus rodillas para decirle:

—Sea lo que Dios quiera. Nos aguardan mil disgustos, un semillero de zozobras, de inquietudes; pero hay que tener corazón...

Entonces fué Eugenia la que besó ardientemente. ¡Qué inmensa verdad acababa de oír! ¿Y qué era la vida cuando faltaba el corazón? Se hubiese arrodillado ante Roberto. ¿No le había de perdonar sus arrebatos y sus cuajas, si era lo que ella creía, un hombre

bueno, si del alma scababa de salirle el grito del corazón?

Siguieron días tranquilos, temporadas melancólicas. El murmuraba á veces:

—Ya no tiene remedio.

La juventud les llevaba á olvidarse, á pensar con optimismo.

—Yo encontraré dinero... Todo pasará sin que se enteren. Cuando tengas valor...

—Todo el que haga falta...

—Y como disimules...

—Nadie sospecha nada.

—Parece cosa de milagro. Yo mismo que lo sé, ¡y tantol, te miro y juraría... De todos modos, en cuanto sientas que el peligro se acerca, me lo dices y pongo en práctica mi plan...

Error de cálculo. Una mañana de Octubre Roberto la esperó inútilmente en un café silencioso de la calle Ancha.

Alberto Insúa.



—Acúsame, Padre, de que alguna vez ven-toseo en la Iglesia.

—Eso lo hacen los judíos.

—No, Padre; eso lo hacen las judías.

CUENTOS INOCENTES

LO IRREMEDIALE

I

REPUÑALES!... ¿Qué es esto? La exclamación, repentina y colérica, se perdió sordamente entre las cuatro paredes de la alcoba. Acto seguido arrojóse de la cama el sorprendido notario, buscó á tientas por la pared la llave de la luz eléctri-

sombra de un lunar..., y allá arriba, como adornos de un casco de azabache que cubriese la gentil cabeza, retorciáanse y alborotábanse los rizos negros. Tan codiciable, tan apetitosa debió parecerle al notario su mujer en aquel momento, que en un tris estuvo que no viniese á tierra todo el castillo de su indignación; por desgracia, las circunstancias eran tan críticas y la situación tan grave, que, desoyendo la seducción femenina, se cruzó de brazos y en pie, desde el centro de la al-

co-
ba, exclamó con voz campanuda:

— Cuentan de algunas tribus de la India, aunque no respondo de la exactitud del relato, que, cuando en la noche de bodas encuentran los maridos abierto el camino de la felicidad, dan gracias al Cielo por haberles ahorrado ese trabajo, y al día siguiente, poseídos de santa unción religiosa, entregan su mujer á las fieras como el regalo más espléndido. Y si eso hacen

COMENTARIOS MATRIMONIALES



El esposo. — ¡Mira que decirle de golpe que le engañaba su mujer!.

La esposa. — Sí, hijito, sí. ¿No te lo han dicho á tí nunca?

ca, hizo la girar, y una claridad azulada y suave iluminó discretamente el dormitorio.

Carolina, encendida como la grana, se había incorporado en el lecho matrimonial, y entre desconcertada y medrosa contemplaba fijamente á su marido. Por sus bellos hombros de mujer fuerte y joven, resbalaba inconscientemente la camisa, dejando al descubierto las marmóreas espaldas y los bravos senos opulentos y erguicos; en la amplia garganta, desnuda, palpitaba, retadora y agresiva, la

los herejes, ¡usted verá lo que debe hacer un cristiano!

Dicho lo anterior, contempló á su esposa un instante con mirada severa, y después, grave y digno, comenzó una larga serie de paseos de extremo á extremo de la habitación; pero no debían prestar mucha autoridad en aquel momento á la figura del notario los calzoncillos de balleta amarilla ni la camiseta rayada, puesto que Carolina, á pesar de lo solemne de las circunstancias, no

pudo evitar que una sonrisa cruzase rápida por sus labios, ni que se iluminasen sus ojos con un destello de ironía. Calló, á pesar de todo, y en actitud resignada y doliente aguantó la rociada conyugal.

—Estas cosas se avisan—continuó diciendo el notario.—Podía usted habérmelo advertido ayer, y aunque todos los preparativos de nuestra boda estaban hechos, no hubiera faltado pretexto para aplazar la ceremonia sin que nadie sospechase el verdadero motivo. Desgraciadamente, usted ha preferido callarse y la infamia se ha consumado. ¡Ah; pero es inútil, señora! ¡Conmigo no se juega!... ¡Pensaba usted que iba á tragar el anzuelo sin notar que se me daba gato por liebre?

—¡Fermín, por Dios!—exclamó Carolina suplicante y avergonzada.

Pero el marido, exaltándose por momentos, negóse á oírla y continuó su peroración.

—¡Por algo se mostraba usted tan fácil á mis galanteos! ¡Por algo se peleó usted con su primo y se decidió por mí, asegurándome que nos casaríamos y que yo no tropezaría con el menor obstáculo!... ¡Qué obstáculo ni qué calabazas? Entre nosotros todo está roto, señora; mañana mismo, en el primer tren, regresaremos á Burgos y volverá usted á casa de su tía Pilar, donde yo mismo tendré el gusto de dejarla para siempre, dándole á su tía el encargo de que, en lo sucesivo, cuide más de la virtud de sus sobrinas. Y si la gente se entera, que se entere; y si hay escándalo, que lo haya. ¡Todo antes que sentar plaza del...

No pudo continuar; un estremecimiento de frío seguido de un formidable estornudo que le hizo ponerse encarnado como un tomate, cortaron el hilo de su elocuencia. Comprendió entonces que el calor de la improvisación no bastaba para suplir la ausencia de ropa y, dándose cuenta de que se hallaba en paños menores, decidió vestirse. Aún se detuvo, sin embargo; Carolina, resignada y

humilde, habíase arrojado del lecho, tomando asiento en un silloncito colocado frente á la mesa de noche y lentamente, una pierna sobre la otra, comenzaba á calzarse. La vaporosa ligereza de las vestiduras, que velaban apenas el soberbio desnudo de la dama, impresionó vivamente al notario que sintió correr por sus venas una ola de fuego. Inquieto y desasosegado, preguntó:

—¿Qué hace usted?

La interrogada levantó la cabeza, clavó un instante en su marido la elocuente mirada de aquellos ojos negros como la noche, y respondió con humildad:

—Vestirme. Estás pasando frío por mi culpa y no quiero.

Y luego, como un eco, añadió:

—Acuéstate. Yo puedo pasar la noche en una buta-

ca... ó en el sofá del gabinete.

No era precisamente de piedra berroqueña el atribulado notario, así es que nada le fue de particular que, ante aquel rasgo de sumisión, le flaqueasen las piernas y sintiese que su espíritu se inclinaba del lado de la misericordia. Una mirada inquieta, que fué á perderse en la ola de encajes que adornaban el escote de Carolina, acabó por decidir



EL PASADO ECLIPSE SEGÚN LO VIÓ «EL PAÍS»

le. Tosió ligeramente, y dijo con la misma gravedad que si estuviera dictando una escritura:

—Yo, antes que marido, soy hombre galante; por lo tanto, prefiero que se acueste usted, digo tú; y yo me sacrificaré por tí, digo, por usted, digo...

Comprendió que se estaba haciendo un lío y optó por callarse. Además, ¿para qué seguir? Los oídos le zumbaba, su piel ardía, la

cómozó á arreglarse la alborotada cabellera. Al través de la sutil camisa transparentábase la gallarda silueta de su cuerpo arrogante y dibujábanse, con absoluta precisión, el esponjado seno, la espalda estatuaria, la cadera maciza y sólida y la corrección de líneas de la pierna. No pudo aguantar más el marido y avanzó medroso, congestionado:

—¡Carolina!... ¡Carolina!...

Volvióse á medias ella, y compasiva y dócil recibió en sus brazos. Temblaba el notario como la hoja sacudida por el viento, y bajo la rayada camiseta sintió que el corazón le golpeaba como manifestándole su gratitud por hallarse en contacto con un cuerpo femenino y joven.

Fué solemne el momento. La casa dormía silenciosa; de la calle sólo llegaba, de vez en cuando, el rumor del chapoteo de la lluvia, y la voz destemplada de un sereno que cantaba desde el quicio lejano de un portal:

—¡Las doce y media... y lloviendo!...

Y no se sabe cómo, se apagó la luz.

II

Debía ser muy tarde, cerca del medio día, á juzgar por la viva claridad que invadía la alcoba, filtrándose por los resquicios de las cerradas maderas del balcón.

El notario, rendido por las diversas emociones de la noche, se incorporó trabajosamente en el lecho y buscó su reloj de bolsillo. Justo, no se equivocaba; las once y cuarto. ¡Había perdido el tren de Burgos!

Contempló á Carolina, que dormía tranquilamente á su lado, y como visión cinematográfica vió el marido desfilar antes sus ojos todo el pasado de sus amores; Carolina vivía en Burgos con su tía Pilar, respetable jamona viuda de un comandante del ejército



—Ha leído usted, Fany, ese telegrama de la feria de ganado de Sevilla.

—¿Qué dice, Duque?

—Pues que el total de cabezas entradas es de 45.249... ¡Creo que són cabezas!

—¡Ay, Duque! ¡Porqué no habré podido ir este año á Sevilla!

boca se le secaba por momentos, y un temblor extraño invadía su sér. ¿Qué era aquello? ¿Qué le pasaba?... En treinta años de vida notarial y veinte de estudios, que sumaban cincuenta, no recordaba el infeliz haberse hallado nunca en trance tan difícil. ¡Oh, influencia magnética, poder avasallador de la carne cuyos fuerzas se dejaban sentir hasta en la balanza de la justicia!

Carolina, ya calzada, púsose en pie, y frente al espejo, en alto los brazos desnudos,

que, encontró en Cuba gloriosa muerte y que, á pesar de su carácter arrebatado y bélico, cuentan los que tuvieron el gusto de tratarle que era para su esposa blando y dócil como una malva. Pasó el primer año de luto, tía y sobrina diéronse á frecuentar la sociedad burgalesa con verdadero empeño, hasta tal punto, que no se celebraba fiesta, baile, boda ni bautizo, de que no formasen ambas parte integrante y principal; y es lo curioso que quien más parecía gozar y divertirse era la viuda del comandante, á la que que ya enpezaban á distinguir en Burgos con el mote de *la viuda alegre*.

Y entonces las conoció el notario, que acababa de establecer su despacho en aquella población, y puede asegurarse que, desde el primer momento, le impresionó profundamente la espléndida belleza de Carolina, que era lo que se llama una real hembra de veinticuatro años. Malas lenguas, que nunca faltan para casos tales, fuéronle con el cuento de que la chica estaba loca perdida por Gasparón, un señorito juerguista y pendenciero que se decía primo de ella, y aunque en un principio no creyó el bueno de D. Fermín en tales habladurías pronto hubo de convencerse de que no eran tan infundados los rumores de noviazgo puesto que

ambos parientes andaban siempre juntos y charloteando en secreto por los rincones, en vista de lo cual, y aunque cada vez le gustaba más la sobrina de *la viuda alegre*, el notario, como hombre precavido, decidió andarse con pies de plomo. Desgraciadamente no contaba con el golpe de vista de la tía que, al notar los fenómenos que empezaban á trastornar el seso del enamorado cincuentón, procuró atraérsele por todos los medios imaginables.

Desde aquel punto y hora empezó á frecuentar la casa, á almorzar de vez en cuando con la viuda y la sobrina. Gasparón, al principio, juraba y perjuraba, en latertulia del ca-

sino y en los corrillos de los cafés, que iba á hacer y á contecer, pero de pro ito se calló, sin que se supiera el fundamento, y no volvió á decir esta boca es mía ni á poner los pies en casa de su tía Pilar. Afirmaban algunos que hubo dinero por medio y ciertas promesas para lo futuro; pero el rumor era tan grave, que no pasó de la categoría de comentario hecho en voz baja. Así las cosas, una mañana corrió por Burgos la noticia que no por esperada hizo menos efecto: el notario se casaba con Carolina.

Y se casó. La boda fué sonada y á la ceremonia concurrieron los más empingorotadas familias de la población; hubo banquete



—¡Niégalo ahora, pèrfida!... ¡Y para mayor es arnio, con los zapatos puestos!!

—¡Pero yo te juro que sin polvo!

con champagne y discursos y á las tres de la tarde, *la feliz pareja*—según frase gráfica de un periodista de la localidad—tomó el rándido ascendente que había de conducirla á Madrid. Detúvose, no obstante, en el Esorial el matrimonio, para visitar el Monasterio, y decidió hacer noche en el Hotel Victoria, donde acabamos de asistir á sus primeras intimidades conyugales.

Hasta a juí llegaban los recuerdos del notario; á partir de este punto, desvaneciase la felicidad y comenzaba para él un sendero de amargura que había de recorrer en lo sucesivo, amargura doolemente dolorosa, porque, á pesar de la brutal sorpresa, comprendía

que adoraba á Carolina con todo el fuego de su alma, con toda la potencia de sus sentidos próximos á apagarse. Pero aquello no tenfa remedio, y su dignidad de hombre no podía tolerar la burla. ¿Qué pensarían los que lo supieran? ¿Qué diría Gasparón que era, indudablemente, causa y origen de la desgracia? Y aunque nadie lo supiera y aunque Gasparón se callase, ¿no lo sabía él, don Fermín, el marido civil y canónicamente?



—¡Aja... ¡ál... Ahora la boquita, que es un verdadero cielo

—Pues ya ve usted, mis amigos dicen que es un verdadero cementerio.

Pues bastaba con eso. ¡Antes muerto que consentir tal afrenta á su decoro!

Pero instintivamente volvió la cabeza y clavó su inquieta mirada en la mujer que á su lado dormía. ¡Qué bella estaba en aquel abandono inconsciente, con los cabellos en desorden, cerrados los divinos ojos, entreabiertos los labios del color encendido de las cerezas, henchido el cuello voluptuoso, palpitante el seno á impulsos de la respiración

pausada y rítmica... ¡Dios de bondad! Bajo la mancha azul del edredón adivinaba los secretos más íntimos de aquella deliciosa mujer que horas antes le había subyugado con sus caricias, le había trastornado con sus besos, transportándole entre desfallecimientos y languideces á las más enloquecedoras regiones del amor.

¿Y había de resignarse á perder todo aquello, que ya era suyo, para volver á la vida fría y solitaria del despacho, sin más caricias que las de algunas señoras mercenarias que de tarde en tarde solían visitarle con todo género de precauciones? Sí; no había otro remedio. Por cruel que fuera el sacrificio era necesario, era imprescindible; se lo imponían su dignidad de hombre, su rango social, su honorabilidad jamás desmentida. La duda solamente constituía un delito. No podía dudar; en cuanto Carolina se despertase almorzarían ligeramente, y en lugar de continuar el viaje á Madrid, regresarían á Burgos, correrían á casa de la viuda, y allí, con toda solemnidad, le haría entrega de la sobrina, cuyo frágil honor había llegado á sus manos en condiciones que lo hacían inadmisibles. ¡Así aprenderían á no burlarse de un hombre digno! ¡Pues no faltaba más! A Burgos, á Burgos.

Y rápidamente, como si temiera que la complicidad del lecho fuese á destruir el plan que se había trazado, saltó ligero á tierra, cruzó el dormitorio y zambulló en el lavabo su frente ardorosa sintiendo un gran alivio al contacto del agua fría.

III

Al llegar á la estación el coche del hotel, acababa de entrar en agujas el tren que se dirigía á Madrid y esperaba el cruce con el correo descendente que había de seguir su ruta camino de Burgos.

El andén era un hormiguero de gente, un verdadero infierno de risas, gritos y conversaciones. Corrían de un lado para otro los mozos de estación con bultos y maletas, subían y bajaban de los coches los viajeros, iban y venían los vendedores ambulantes preganando pastillas y bombones, y la colonia veraniega, en animados grupos, paseaba entre carcajadas y comentarios. D. Fermín, seguido de su esposa, apareció en la puerta

pugnando por abrirse paso entre codazos y empujones.

Sin embargo, á medida que se acercaba al despacho de billetes, iba notando que los ánimos le flaqueaban y le vencía la duda. ¿Qué hacer? ¿A Madrid? ¿A Burgos?... La codicia había sido triste, dolorosa; al notario faltó el valor para comunicarle á su mujer la resolución definitiva, y ella, por su parte, no había tratado tampoco de averiguarla. Dócil, resignada, con los ojos bajos, dijérase al verla que era la esclava que aguardaba sumisa las órdenes de su dueño y señor.

Pero de lo que no podría dudarse es de que estaba guapa. ¡Qué mujer!... En el comedor fué acogida su presencia con un murmullo de admiración, y el propio notario, á pesar de sus hondas preocupaciones, no pudo menos de sonreír y pavonearse con satisfacción. Luego, en el ómnibus, la misma cantata; rostros que se volvían, miradas codiciosas, signos expresivos entre los hombres y palabras que, aunque pronunciadas en voz baja, llegaban como un rumor á los oídos del notario:

- ¿Has visto?...
- ¡Vaya una hembra!
- ¡De órdago á la grande!

Y Carolina, erguida, indiferente, con seriedad de reina acostumbrada á los homenajes, fijaba la vista en el Monasterio, que se perdía á lo lejos. ¿Quién hubiera sido capaz de sospechar de ella? Su propio marido, de no estar bien seguro, creeriase víctima de un sueño.

Le llegó su turno. El empleado de la ventanilla le interrogaba con la mirada, y Don Fermín, más atribulado que nunca, balbuceó:

—Dos primeras para...

Estuvo á punto de decir *para mi señora y para mí*, pero se detuvo á tiempo. ¡No podía más! Le chillaban los oídos, le amargaba la boca, y en torno suyo giraban como en danza infernal la estación, las luces, el andén, el empleado, la ventanilla, todo. Había llegado el momento fatal y difícil. ¿Qué hacer, Dios poderoso?... ¿A Madrid? ¿A Burgos?...

La voz del empleado le sacó de su abstracción.

- ¿Ha dicho usted que dos primeras?
- Sí... en efecto...
- Pero ¿para dónde?

Iba á decir: *para Burgos*, cuando, sin darse cuenta, volvió la cabeza y buscó á Carolina con la mirada. Allí estaba, espléndida, arrogante, provocativa, sonriéndole con sus bellos ojos negros. Bajo el guardapolvo que envolvía su cuerpo soberano adivinábase la soberbia estatua de carne digna rival de la Venus del paganismo. En su seno palpitaba

el amor, en sus labios aleteaba el beso... Contemplóla el notario un instante con codicia de avaro y dominado, vencido, incapaz de seguir luchando contra lo irremediable, exclamó en voz baja con la misma emoción que si firmase su sentencia de muerte:

—Dos primeras... para Madrid.

Ramón Asensio Más.



EPIGRAMA

A cierta recién casada
soberbiamente ataviada,
dijo en un baile Mateo:

—Viene usted muy bien tocada.—
Y ella exclamó:—¡Ya lo creo!

Luis Ossa



M. Uctan

—No te canses, Eulogia, que no me viene.

LOS BESOS DE MI RELOJ



A Primavera empieza á dedicarnos sus más frescas y risueñas sonrisas.

El cielo está limpio y sereno (no olviden ustedes que las imágenes cur-is son cosa corriente en literatura); los arroyuelos, siempre chismosos, murmuran; los pájaros, de suyo

á estas expansiones poéticas, á las que soy aficionado, cuando me anunciaron la visita de una señora que descaba hablarme urgente y reservadamente

—¿Quién es?—pregunté á mi criado.

—Dice que no la conoce usted.

—¡Caramba!... Pues, que pase — ordené disponiéndome á ser casi protagonista de una aventura tenebrosa.

Unos segundos después apareció en el dintel de la puerta una dama alta, morena, deliciosamente formada y vestida con una elegancia exquisita.

—Tenga usted la bondad, señora...—dije acercándole una butaca.

La señora se dejó caer en ella sin grandes contemplaciones, y dando un gran suspiro, exclamó bruscamente:

—¡Ah, caballero! Qué desgraciada soy!

Instintivamente eché mano á un vaso de agua que tenía sobre la mesa y me dispuse



—Pero, Pepito como creces; has dado un estirón terrible.

—Como que me ha dicho el profesor que si sigo así pronto tendré un metro quinientos y la cabeza libre.

cha; latanes, ensordecen el bosque con sus cantos; las flores ¡pobrecitas! exhalan sus más finos perfumes...

¡Oh, dulce! Oh, bella Primavera! Estación del amor, aurora del estío, nuncio de la alegría...

Dedicado estaba la tarde del último jueves



—¡Caray, vaya unos chanclos que te gastas

—Y tú, ¿no los tienes?

—¡Ya lo creo! ¡Pero no son como los tuyos!

á servírselo á mi visita; pero ésta, sonriendo con graciosa dulzura, extendió una mano para que me estuviese quieto.

—Tranquillcese usted, no acostumbro á desmayarme.

—Bueno, señora, usted dirá — repliqué con vivos deseos de entrar en materia.

—Yo soy soltera.

—Por muchos años.

—Eso es lo triste, que dejaré de serlo muy pronto.

—Sí; quieren casar con un hombre horriblemente antipático.

—No se case usted.

—A ello estoy decidida, pero ¿como esquivar la voluntad de mi padre? Mi padre, caballero, es un hombre inflexible que sólo se detiene ante los casos de honor... Un caso de estos podría salvarme.

—Y... ¿ha de ser de honor precisamente?

—pregunté algo perplejo.

—Sí, señor... Si yo tuviese un amante, un hombre á quien me hubiese entregado sólo

por amor, en un momento de bondad y de inocencia, mi padre, hombre inflexible, no tendría valor para engañar á mi futuro esposo.

—¿Y pretende usted, bella señora...?— pregunté tímida y amorosamente.

—Sí, lo pretendo—me contestó con apasionada energía.—¿A qué ocultarlo? Estoy enamorada de usted y sólo usted puede salvarme.

Durante un instante pensé que aquella buena señora estaba loca y me entró la comezón de plantarla en la escalera sin más contemplaciones; pero al levantar los ojos hasta ella, sentí que mis ideas se modificaban totalmente. Aquella frente blanquísima y serena, aquellos ojos arrulladores, negros y mansos; aquella boca fresca, entreabierta y roja, no eran en verdad síntomas de locura... Y después de todo, ¡qué diablo! no todos los días se presenta ante nosotros tan al alcance de la mano, la propia Primavera rebosante de amor y lozanía.



—¿Quieres huevos de entrada?

—Prefiero sopa, porque ya sabes que los huevos no me entran.

Empecé á conversar en otro tono. Mi amiga sonreía, diciéndome con una voz precursora del caso de honor:

—¡Oh, sí! Seríamos muy felices. Papá no



Ayer me dijo un amigo
que en la calle me encontré:
te estás quedando en los huesos
por culpa del Ven y Ven...

se opondría. El que quiere amor, amor verdadero ..

—Pero mi pobreza.

—Tu pobreza no sería obstáculo. Nos amaríamos de todos modos.

Y como yo empezase la serie de escarceos íntimos, desabrochándola el vestido para imprimir un beso en su cuello de una blancura deslumbradora, echóme ambos brazos al mío y murmuró á mi oído:

—Me haces la más feliz de las mujeres.

—¡Y tú á mí el más venturoso de los hombres!—contesté en una magnífica exclama-

ción con la cual se agotaron todas mis energías oratorias.

Media hora después despidióse mi bella enamorada prometiéndome repetir su visita y dejándome en la boca el sabor de unos besos incomparables... Pero ¡oh dolor! Al ir á mirar la hora en un bonito reloj de oro que heredé de mi abuela y que llevaba en el bolsillo del chaleco, encontréme con el más triste de los vacíos.

La verdad es que mejor hubiera hecho mi adorada empezando por decirme que necesitaba cien pesetas... y ya es hacerse pagar unos cuantos besos, por incomparables que sean.

Clemente de Castro.

La imprenta pecadora deslizó en el número pasado una errata de consideración: le llamó 52, en vez de 51, que era. El 52 es el presente, con el que hace un año que andamos, verdes y lozanos, diciendo cosas por ahí...

EL PAN DE CADA DÍA...

Rita, por cierta pendencia,
fué citada ante un alcalde,
y éste la sirvió de balde
dando en su pro la sentencia.

Con refinada malicia
dijo entonces la alcaldesa:

—Nunca he visto, Antón, tan tiesa
la vara de la justicia.

Félix Recto.

SUCEDIDOS...

—¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios?—preguntaba un sacerdote á un joven en vísperas de casarse.

—Hombre, eso según el sexo á que usted se refiera.

—¡Qué barbaridad!

—Nada de eso, padre. Para los hombres son diez y para las mujeres nueve, porque en ellas no entra lo de «no desear la mujer de tu prójimo.»

NUESTRAS COCOTAS

ISABELITA LOPEZ

MIENTRAS ella pasa á su alboba y se dispone á preparar la *toilette* en que la ha de retratar Enrique, y este, impaciente mira y remira por entre las cortinas, yo, que apuro sentado ante una mesa pequeñita una copita de Benedictino, exclamo:

—Pero no te enfadarás, Isabelita, si diciéndolo lo que tú eres, digo algo que te desagrada.

Su vocécita «suelta» llega á nosotros rápida y segura:

—No... no... no...

Isabelita López—con su venia «todo» puede escribirse—es una muchachota muy vulgar, que de no ser cocota no habría sido nada... Es rubia, feucha, sosa... Sin el descaro peculiar en su «oficio» no podría mirársela.

—Y tú—la digo—; tú, tontuela, vamos á ver, ¿cómo caíste?

Es también insignificante su caída. Fué con un muchacho de su edad, una tarde de Mayo, allá en su pueblo castellano,

en el campo sobre un sembrado verde y frágil. Sin incidencias, «riesgos», ni encanto...

Luego, más tarde, el médico del pueblo, un muchacho rubio, mundano y charlatán, la estuvo disfrutando... Y después vino á Madrid á servir, y aquí otro «señorito» y luego su paso á «cierta casa» de la calle de Graviña... y ahora independientemente.

Habita en la calle de Pérez Galdós un cuarto chiquitín y muy limpio. La acompaña Teresa, una «retirada» que, además de servirla de criada, la aconseja...

Cuando Enrique la ha enfocado, Isabelita seria y digna vuelve rápida y gentil á su alboba.

—Voy á vestirme, hijos, que este no es traje de visita—nos dice, y se aleja corriendo.

Cuando regresa, comenzamos curiosos á preguntarla:

—Vamos á ver, feucha, ¿cómo vives? ¿Qué ganas?

Queda un poco perpleja. Luego dice:

—Pues mirar, hijos... no lo había «pensao». Pero veréis, veréis... Dos, cuatro, seis, ocho...—sigue hablando como hablando sola.—Me sacó todos los meses—dice ya mirándonos—uno con otro, de ciento á ciento veinte duros. Este verano pienso ir á San Se-



ISABELITA LÓPEZ

(Fot. Enrique)

bastián, donde me han «asegurao» que lo pasaré bien. Allí, según creo, se cobra más... En Madrid, el oficio, realmente, está «perdido». ¡Hay tanta mujer decente que dificulta el trato!... Y tanta, que parece que más que vivir lo que quiere es disfrutar por las cosas que hacen.

Y riendo, abandona la silla en que se sienta, y va á acomodarse sobre una *chaise-longue*.

J. C.

¡QUE BRUTA!

Teresa Navalморal,
prima del mozo Miguel,
estaba alejada de él
sierviendo en la capital,
y sabía, aunque tenía
sus padres en Paracuellos,
que no contaba con ellos
sí con Miguel no se unía.

Por fin, Miguel á Teresa
en Madrid la hizo su esposa,
y ella, que era poca cosa,
comenzó á ponerse gruesa.

Con el deseo de dar
á su madre un alegrón
y obtener la absolución,
se fué un día á retratar.

Buscó, por mí aconsejada,
á Alfonso, á quien yo estimo,
y por él con mucho mimo
fué tratada y retratada.

Una vez llegado el día
y anhelando recoger
el retrato, la mujer
fué por su fotograffa.

El artista se la dió,
y ella, mirándola un rato,
dijo: «Amigo, este retrato
no me sirve.» «¿Por qué no?»
(preguntó Alfonso.) «Por nada
(le respondió la Teresa).
Porque se ve que estoy gruesa,
pero no que estoy casada.

Juan Pérez Zúñiga.

JOAQUIN ESTRADA

Cuando va á tirarse este número recibí-
mos una noticia que nos sobrecoje y nos
abruma: una camarada nuestro, Joaquín Es-
trada, levemente enfermo desde hace pocos
días, perturbado por un fuerte ataque de fie-
bre, se ha suicidado, disparándose un tiro en
la cabeza...

Aún no hace una semana, Joaquín Estrada,
charlatán y simpatiquísimo, refiriéndonos
una conversación que habla sostenido
algunas horas antes con el maestro Vicenti,
pleno de entusiasmo y de optimismo, nos
hablaba de sus proyectos para el porvenir.
Había llegado á Madrid de la Gran Canaria
hacia sólo unos meses, y en un par de ellos
que llevaba figurando en la Redacción de *El
Liberal*, y con unos lindos cuentos, publica-
dos en nuestra Revista, el nombre de Estrada
había comenzado «á circular», y sus veinti-
dós años triunfaban... Daba gusto escucharle;
complacía y fortificaba la seriedad con
que hablaba de lo desconocido...

¡Pobre amigo muerto! Recordando su ju-
ventud, más fuerte que la nuestra, tan rápi-
damente destrozada, pensamos con el filó-
sofo que, efectivamente, «nada importa na-
da», y nos ponemos, sin querer, muy tristes...

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

Lea usted los lunes

EL ARRASTRE

Cinco céntimos.

LA HOJA DE PARRA

* REVISTA FESTIVA *

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:

HUERTAS, 43, PRIMERO



Apartado de Correos número 547.

MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, kiosco EL SOL.